



EMMA COHEN

Ese vago resplandor

REV LEAR, 2011.

► Una vagabunda recorre por la noche Madrid en busca de objetos que expone en la Plaza Mayor. Durante uno de esos recorridos será testigo de un crimen, lo que alterará su rutina obligándole a huir. Al tiempo, la clocharda comienza a narrar su vida al periodista norteamericano Peter Mahtler Chu-yu, que prepara una serie de reportajes sobre los marginales españoles para la prensa norteamericana. **Emma Cohen** vuelve a la novela con una doble historia en la que indaga en el recuerdo biográfico de una mujer a la que le tocó nacer en la postguerra, hija de una familia de la burguesía catalana adscrita al bando de los vencedores y ansiosa de la libertad del mayo del 68.



KARL KRAUS

La tarea del artista. Contra la desidia ética y estética

CASIMIRO, 2011

► Libro de aforismos de **Karl Kraus** que ha escogido, traducido y prologado el profesor de Ética de la Universidad CEU Cardenal Herrera, **Miguel Catalán**, bajo el tema común de la relación entre la exigencia ética y la perfección estética, a través del arte, la literatura y el periodismo. Pensamientos breves del austriaco que proceden de tres libros: *Sprüche und Widersprüche* (1909), *Pro Domo et Mundo* (1912) y *Nachts* (1924). *El arte consiste en captar el mundo con una mirada. ¡Cuántas veces, sin embargo, el mundo entra por un solo ojo! Unos encuentran hermoso esto, otros aquello. Pero deben encontrarlo. Y nadie quiere buscar*, dice.



MARTÍN CAPARRÓS

Los living

ANAGRAMA, 2011

► La novela que le ha valido al argentino **Martín Caparrós** el último Premio Herralde es una farsa trágica cuyo protagonista, Nito, se interroga sobre el tránsito entre la vida y el más allá para adentrarse en nuestra relación con la muerte, con los muertos y su desaparición de nuestras vidas. Y lo hace sin perder nunca la mirada afilada, la emoción, la prosa sorprendente. Y es que Nito nace en Buenos Aires el día en que muere Juan Domingo Perón, julio del 74. Una novela osada, deslumbrante, que nos propone una ácida visión del mundo contemporáneo, de su dobleces y desconciertos, de sus silencios.



JOSEP V. BOIRA MAIQUES

Valencia, la ciudad

TIRANT LO BLANCH, 2011

► *Todos vivimos en la ciudad como errantes viajeros*, dice **Cicerón**. Este no es un libro de historia de Valencia. Al menos, no de la forma habitual. No es tampoco un estado de la cuestión, ni una actualización de tratado alguno. Es más bien un paseo íntimo del autor, un itinerario personal, una geografía subjetiva, vivida, cultural e histórica de la ciudad. Boira ha buscado llevar al lector de la mano de aquellos hechos y lugares que le han parecido más significativos en una selección muy particular de los más de dos mil años de historia de Valencia. Y para ello, ha elegido cuestiones que permitan una idea aproximada de su evolución y de sus rasgos principales.

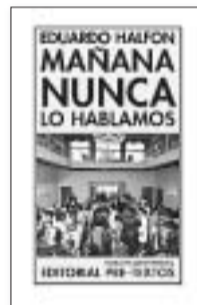
Cuando menos se lo espera

El escritor guatemalteco dialoga con el niño que fue. Literatura de altura para hallar las puertas de salida agazapadas en la infancia

Narrativa

POR MANUEL ARRANZ

■ Del mismo modo que es el futuro el que prefigura el pasado, la forma de narrarlo, de comprenderlo, incluso, si me apuran, la forma de vivirlo, no es la infancia la que prefigura la edad adulta como se suele decir, sino al revés. El niño que fuimos, como el pasado, no está muerto, sigue en nosotros agazapado, y de cuando en cuando, cuando menos se lo espera, da señales de vida. Una mirada asombrada, un entusiasmo repentino, un sobresalto incontrolado, una herida inesperada, suelen ser señales inequívocas de que sigue ahí, de que no se ha ido, de que nos acompaña aun-



EDUARDO HALFON

Mañana nunca lo hablamos

► VALENCIA, PRE-TEXTOS, 2011.

que en ocasiones nos avergoncemos de él. Hay adultos sin embargo que confunden la madurez con el olvido de la infancia, adultos rencorosos, reivindicativos (atroz palabra), que tienen sobre su infancia una mirada condescendiente, cuando no resentida, adultos que se ríen del periodo más serio de la vida, más misterioso, más desvalido, posiblemente también más hermoso, con esa hermosura que tienen a veces la tristeza o la alegría incontroladas. No es el caso de **Eduardo Halfon**. Halfon, digámoslo así, dialoga con el niño que fue,

no le impone su punto de vista de adulto, le escucha, deja que se exprese, trata de comprenderle, y, sobre todo, no le juzga. ¿Le gustaría al niño que fuimos el adulto en que nos hemos convertido? Es difícil saberlo.

Mañana nunca lo hablamos, enigmático y sugestivo título, es una hermosa novela sobre la infancia. Sobre ese mundo de objetos, de presentimientos y temores, de olores y de sonidos, de euforias y tristezas inopinadas y puras que la edad adulta se empeña en sepultar sin conseguirlo afortunadamente del todo. Aunque más que una novela yo diría que son escenas de una novela. Y en esto también se parece a la vida, compuesta de escenas sin solución de continuidad las más de las veces. Estas escenas, evocaciones o recuerdos, tienen el

ritmo y los matices propios de la vida del espíritu, si se me permite utilizar en este contexto esta solemne expresión. Sólo la vida vegetativa es lineal, y ni siquiera lo es siempre. Eduardo Halfon ha sabido captar esos ritmos y esos matices tan evanescentes, esas expresiones fugitivas, y es el lector el que con todos esos retazos va componiendo la novela, una novela en la que los hechos tienen menos importancia que las sensaciones, como sucede por lo demás en la vida real, y si las palabras son también hechos con mayor motivo lo serán las sensaciones. *Mañana nunca lo hablamos* no es un mero, o no tan mero, ejercicio de la memoria, como podría parecer a primera vista, o una recreación del pasado, cosas estas a las que tan aficionados son los escritores, o no es sólo eso. Es, digámoslo así, una particular y privada asunción de ese pasado, porque el pasado o no existe, y es siempre presente, o sólo existe el pasado y es el presente el que no existe. Y es también, de esto no cabe duda, literatura de altura.



Hondura en superficie

Textos de distinta geometría fruto de sus paseos por un pueblo de La Rioja componen esta lámina de profundidad vestida de cotidiana vida

Dietario

POR ANTONIO CABRERA

■ *Ser leve y dejar huella, como los gorriones en la nieve*, dice en un aforismo **José Ignacio Foronda**, autor de *Días bajo el cielo*, un delicioso dietario recién publicado por la editorial riojana Pepitas de Calabaza. Ser leve y dejar huella es un propósito de gran dificultad en literatura, pero es exactamente lo que Foronda consigue.

A **Josep Pla**, maestro proveedor de frases capaces de producir ese milagro, le gustaba prevenir contra la profundidad, gran malentendido de los artistas, quimera de tantos literatos. Es verdad, no hay quien llegue al fondo de las cosas, en el caso de que semejante estrato ontológico de las cosas exista. Nuestro tránsito sensorial y la circulación de nues-

tro intelecto siempre tienen lugar por la superficie. Rozamos el mundo al vivir como contactamos con nuestra intimidad al pensar, de manera fluyente, con apenas sondeo, y toda hondura parece caer bajo sospecha de ficción.

Foronda evita el peligro de lo profundo porque no incurre en su anhelo. Él camina sobre la piel del mundo o entre las dimensiones más cotidianas de la vida con una voluntad de testimonio por efecto del cual sus anotaciones unas veces, y sus sentencias otras, adquieren un sentido bien ajustado a la dosis de meditación que aplica, ceñida a la sencillez y como realizada con un instrumento no quirúrgico sino pictórico, generador de plástica comprensión en lugar de examen pretencioso. El resultado de esta manera de operar imprime una huella cierta en el lector, quien es llevado de la mano con la sabia ligereza de un decir sin imposturas, en absoluto epidérmico.

Las diferentes entradas del cuaderno van levantando acta de la vida que transcurre en su banalidad más noble dentro de un escenario rural, el de un pueblo de La Rioja donde nada resulta particularmente llamativo, ni el paisaje —tierra ondulada de la que brotan



JOSÉ IGNACIO FORONDA

Días bajo el cielo

► PEPITAS DE CALABAZA, ED., LOGROÑO, 2011

viñas, almendros y olivos— ni la vida de la gente, en la que no faltan las consabidas fiestas con vaquilla. Justo en ese paisaje sin otro espectáculo que el espectáculo de él mismo, con sus nubes, su cielo y su luz cíclica, Foronda encuentra un lujo sutil con el que regalar-se, algo especial en que posar sus ojos: los pájaros; para ellos reservaba aquí y allá una pincelada de admiración o un pensamiento agradecido, exentas ambas cosas de toda miel fácil.

Muchos apuntes están dedicados a la vida familiar, en concreto a la relación con los hijos, aún infantiles; el contemplativo que es Foronda in-

tenta pastorearlos con éxito relativo hacia las cualidades de los espacios abiertos y a veces hacia una especie de conciencia de su propia infancia. Entonces afloran en su pluma la delicadeza, el humor y la resignación inteligente, y las anécdotas se resuelven con brevedad según un modo certero de contarlas.

Días bajo el cielo va recorrido por un línea tenue de desasosiego —*Soy una piedra que pretende volar*, se dice en determinado momento—, línea que por lo demás hace acto de presencia en cualquier vida corriente pero lúcida. Eso sí, ese desasosiego está expresado con aquilatamiento, con el saber lírico, mezcla de verdad y pudor, de uno que lo ha masticado bien.

José Ignacio Foronda tiene en su haber varios libros de poemas entre los que destaca *Libro de familia*, ganador en su día del premio Jaén y editado por Hiperión. Con *Días bajo el cielo* viene a demostrar una capacidad sobrada para conseguir en prosa lo mismo que hacen los gorriones en la nieve, algo tan complicado como marcar lo único que la vida es, superficie, con la pisada de unas palabras cuyo peso reside sólo en su necesidad.

